

Cabría decir a esto, en primer lugar, que el sacerdote puede legítimamente buscar las fuentes de su vida espiritual del modo que quiera, también —aunque no necesariamente— a través de los carismas de la vida religiosa. Esto no significa buscar «fuera» su espiritualidad, porque no hay un «dentro» ni «fuera» en el único presbiterio de la Iglesia local, y los diversos carismas no destruyen, sino que enriquecen la unidad sacramental de los presbíteros en torno al Obispo. En segundo lugar, la Iglesia aconseja especialmente aquellas asociaciones que fomentan la armonía en la vida del sacerdote, y su santificación *en y por* el ejercicio del ministerio, la relación filial con su Obispo y la fraternidad del presbiterio (vid. nuestro *Sacerdotes seculares, hoy*, ya citado, pp. 65 ss., 81 ss., 130).

Otros aspectos [como los carismas en relación con la estructura de la Iglesia (pp. 380ss.), el orden de los sacramentos de Iniciación cristiana —concretamente el lugar de la Confirmación (pp. 479ss.)—, el significado del celibato sacerdotal (pp. 436ss.), la cuestión pastoral parroquial/pastoral especializada (pp. 692 ss.), etc.] requerirían también de un estudio más detenido. Hay algunos detalles de vocabulario y de traducción que fácilmente pueden mejorarse.

Como se deduce de todo lo anterior, este tratado abre muchas perspectivas para un estudio de la pastoral y de la acción de la Iglesia, y es de esperar que tenga una buena acogida entre profesores de cuestiones pastorales y otras personas interesadas en ellas.

Ramiro PELLITERO

Javier ECHEVARRÍA RODRÍGUEZ, *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta, Barcelona 2001, 263 pp., 13 x 20, ISBN 84-08-03785-4.

Piedad y doctrina: el equilibrio entre estos dos elementos me parece una de las características clave de un buen libro de espiritualidad; y considero que este es justamente uno de los más destacados logros de esta reciente publicación del Obispo Prelado del Opus Dei que ahora presentamos. Una importante aportación que enriquece la interesante colección Planeta-Testimonio, por la que van pasando algunas de las firmas de mayor solvencia religiosa y espiritual de nuestro tiempo.

Se agradece que, cada vez con más frecuencia, editoriales de gran renombre, difusión e influjo, presten atención a temas religiosos y espirituales de hondura, permitiendo así que un público más amplio y variado tenga acceso a esta valiosa literatura; a la vez que este hecho nos confirma que la religión y la espiritualidad también «venden», y que hay un interés mucho mayor por estas cuestiones del que a veces se quiere reconocer, a pesar de las fuertes tendencias

materialistas y hedonistas de nuestra sociedad. Precisamente, Monseñor Echevarría, siguiendo las huellas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, aborda en varios capítulos de su libro la relación entre vida espiritual cristiana y vida en el mundo, tan decisiva en la evangelización cristiana propia de los inicios de este tercer milenio.

Pero volvamos a ese equilibrio certero entre piedad y doctrina al que aludía. El autor, en efecto, no ha pretendido escribir un tratado de teología, pero todas sus reflexiones y consejos espirituales están muy bien fundamentados teológicamente, sin perder su indudable utilidad práctica para fomentar la vida espiritual del lector y ayudarle en su camino personal de santidad y en su vida cristiana en el mundo.

Ese hondo sentido teológico se aprecia ya en la selección de los temas y en la estructura de la obra. Por una parte, un libro de estas características no puede ser exhaustivo, pero tampoco inclinarse a lo monográfico: de ahí la importancia de una correcta selección de las materias a tratar y de un oportuno equilibrio entre todas ellas. En este caso, Mons. Echevarría ha sabido, por una parte, centrar muy bien las cuestiones fundamentales de la vida espiritual cristiana en cuanto tal, y por otra, abordar los temas más característicos de la vida propia de un cristiano corriente, de la gran mayoría de los miembros de la Iglesia, a los que este libro se dirige principalmente, como es propio de la tarea pastoral que la Prelatura del Opus Dei tiene encomendada. Por señalar tan sólo algún tema no abordado directamente y que personalmente me hubiera gustado ver incluido con capítulo propio en un libro de estas características, citaré las virtudes teologales y la humildad; aunque todas ellas están suficientemente presentes como trasfondo vivo de la mayoría de los temas tratados, sobre todo la caridad, como era de esperar; y de las virtudes teologales se habla más explícitamente en el capítulo dedicado a la Eucaristía.

Entremos con algo más de detalle en el contenido del libro. La primera parte, bajo el título de «Fuentes de la existencia cristiana», tiene una clara estructura trinitaria (paternidad de Dios, configuración con Jesucristo, el Espíritu Santo), con las oportunas e imprescindibles mediaciones de María y de la Iglesia. Queda así muy bien fundamentada la vida espiritual cristiana en sus elementos configuradores o, dicho de otra forma, en la estrecha relación de amor e intimidad que Dios mismo ha querido establecer con cada hijo suyo, entregándose Él mismo con desarmante generosidad y facilitándonos todos los medios para nuestra respuesta libre de amor y entrega a Él.

La segunda parte, más extensa y titulada «El camino del encuentro con Dios», se centra en lo más propio de la respuesta cristiana personal al amor

divino. En ella se pueden distinguir, a su vez, dos grupos de temas: cuatro, que podríamos considerar de carácter más general y clásico (la conversión, pecado y perdón, la oración, la Eucaristía); y otros cuatro que, sin dejar de responder a cuestiones genuinamente humanas y cristianas de todos los tiempos y de todas las condiciones, cobran sin duda particular fuerza e interés cuando se aplican a la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo: el sentido cristiano del dolor, de la corporalidad, de la paternidad y la maternidad, y de la soledad. La elección de este último tema me ha causado cierta sorpresa, pero su desarrollo me ha resultado muy sugerente, porque plantea un tema clásico de la espiritualidad cristiana, como es el encuentro con Dios a través del recogimiento interior, en el contexto —y como solución— de una de las situaciones humanas más dolorosas y desgraciadamente cada vez más frecuente en nuestra sociedad: la soledad.

La tercera parte del libro nos conduce más directamente a lo que podríamos llamar la proyección externa de la vida espiritual, a esa relación con la vida en el mundo a que hacíamos referencia al principio; aunque esa proyección está presente a lo largo de todo el libro (y particularmente en los últimos temas mencionados), ya que la unidad de vida cristiana es uno de los elementos vertebradores de toda su reflexión y de todas sus propuestas. Sirve de marco y de introducción a esta parte una interesante reflexión sobre el sentido cristiano del tiempo; para entrar luego en cuestiones más prácticas como son la caridad fraterna, la santificación del trabajo y de las realidades sociales y políticas, junto al oportuno punto de equilibrio y de contraste que supone el tratamiento del desprendimiento como actitud también propia de un auténtico amor cristiano al mundo. El último capítulo, dedicado a la alegría, me parece muy bien escogido y desarrollado como colofón.

La palabra equilibrio ha aparecido con frecuencia en este comentario, porque me parece particularmente apropiada para la impresión de conjunto que causa este libro; y también es aplicable a los aspectos más formales. Por ejemplo, la extensión de todos los capítulos me parece muy conseguida: más bien breves, en ningún momento se hacen pesados, y el tratamiento de los temas se sucede con agilidad pero no con superficialidad. El estilo literario es cuidado y asequible a la vez, sin concesiones ni florituras, totalmente al servicio del mensaje que se desea transmitir, como es característico de la buena literatura espiritual cristiana de todos los tiempos.

El uso de fuentes es más bien sobrio. Destacan, desde luego, las referencias bíblicas; aunque lo más importante, en este caso, no es el número de citas, sino cómo la doctrina evangélica permea todo el texto, como es propio de una persona de la que se aprecia claramente que vive y se alimenta de la Sagrada

Escritura. También se percibe claramente que la doctrina espiritual del libro está bien encuadrada en la rica tradición espiritual de la Iglesia, aunque las citas explícitas a maestros clásicos sean pocas. La doctrina del actual Romano Pontífice está particularmente presente, coherentemente con el sentido de actualidad del libro y la capacidad bien conocida que Juan Pablo II tiene de comprender al hombre y la mujer de nuestros días y abrirles atractivos horizontes cristianos.

Sin embargo, como reconoce el propio autor desde la misma presentación, hay sobre todo una persona y una enseñanza que inspiran todas estas páginas: el Beato Josemaría Escrivá, con el que el mismo Javier Echevarría tuvo una estrecha relación personal durante muchos años, y del que es su segundo sucesor al frente del Opus Dei. En el centenario de su nacimiento que estamos viviendo en estas fechas, este libro constituye sin duda una de las más importantes y autorizadas contribuciones para seguir profundizando y difundiendo un ejemplo y una enseñanza que, en palabras de Mons. Echevarría, «contiene grandes luces e impulsos para el mejoramiento de la vida cristiana en nuestro tiempo, y siempre».

Javier SESÉ

José Luis GUTIÉRREZ-MARTÍN, *Iglesia y liturgia en el África romana del siglo IV. Bautismo y Eucaristía en los libros de Optato, obispo de Milevi*, CLV-Edizioni Liturgiche, Bibliotheca «Ephemerides Liturgicae» «Subsidia» 116, Roma 2001, 307 pp., 17 x 24, ISBN 88-866555-92-4.

B. Neunheuser ha escrito que «el estudio de la tradición litúrgica, especialmente de la era patrística, deber ser la inspiración más sólida del apostolado litúrgico de hoy». Éste es el clima y de aquí nace el interés del estudio llevado a cabo por José Luis Gutiérrez, quien, investigando en la etapa final de la reinstauración litúrgica del rito romano, procura, de acuerdo con B. Neunheuser, y consigue, de hecho, un acercamiento sin prejuicios a las fuentes de la tradición viva de la Iglesia ofreciéndonos la posibilidad de un avance real en la *lex progressionis* absolutamente respetuoso con la *lex traditionis*, como fue querer explícito los Padres conciliares (SC, 23: *Ut sana traditio retineatur et tamen via legitimae progressionis aperiatur*).

Los especialistas no ignoran el silencio concerniente a las estructuras rituales de la Iglesia del África romana durante el período comprendido entre Cipriano y Agustín. Se trata de un intervalo de aproximadamente ciento cincuenta años sobre el que escasean las monografías, si exceptuamos los trabajos sobre los testimonios indirectamente litúrgicos vertidos en las obras de Tertu-